El Adviento y la esperanza cristiana

Pastor Amilcar López

Oración

Lectura Bíblica

Himnos

Tema: La luz del evangelio en medio de la oscuridad

Texto bíblico: Isaías 9:1 "*Mas no habrá siempre oscuridad para la que está ahora en angustia*".

Introducción:

Las palabras del profeta Isaías fueron pronunciadas en un tiempo de profunda crisis espiritual. El pueblo había rechazado al Señor y estaba cosechando las consecuencias de su pecado: oscuridad, aflicción y desesperanza. Sin embargo, Dios anuncia una gloriosa promesa futura: la llegada del Mesías, quien traería luz a quienes habitaban en tinieblas. Este pasaje nos invita a reflexionar en tres preguntas: ¿qué nos enseña acerca del pecado?, ¿cuánto tiempo durará la oscuridad?, y ¿quién puede librarnos de ella? La oscuridad no es simplemente una condición externa; es el resultado de una humanidad separada de Dios. Como escribió Juan Calvino: "El corazón del hombre es una fábrica perpetua de ídolos."[1] Pero la buena noticia del evangelio es que Dios no abandonó a su pueblo en esa condición, sino que prometió enviar la luz de Cristo.

I. La oscuridad tiene un tiempo

Isaías proclama que las tinieblas no tendrán la última palabra. Aunque el pecado había traído juicio sobre Israel, Dios había determinado poner término a aquella larga noche espiritual. El pecado oscurece la mente humana, endurece el corazón y le impide percibir la gloria de Dios. Como enseñaría más tarde el apóstol Pablo, los incrédulos tienen «el entendimiento entenebrecido» (Ef. 4:18). No obstante, Dios prometió enviar al Mesías para iluminar a los que habitan en oscuridad, abrir los ojos de los ciegos y liberar a los cautivos. En este sentido, Juan Calvino comenta: “la mente del hombre está cegada; de modo que puede decirse con justicia que está cubierta de tinieblas[2], Por lo tanto, Cristo es la luz que disipa esa oscuridad

[1] Juan Calvino, Institución de la Religión Cristiana, Libro I, cap. 11, sec. 8.
[2] https://www.bibliaplus.org/en/commentaries/3/john-calvins-bible-commentary/john/1/5

y conduce al pecador al conocimiento verdadero de Dios. Donde Cristo resplandece por medio de su evangelio, la ignorancia es vencida, la culpa es removida y la esperanza renace.

II. La desesperación tiene un límite

La palabra traducida como "desesperación" también comunica la idea de aflicción, angustia u opresión. Israel conoció esta realidad cuando fue llevado al cautiverio como consecuencia

de su rebelión contra Dios. El pecado siempre promete libertad, pero termina produciendo esclavitud. Lo que comenzó con desobediencia terminó en dolor, vergüenza y desesperanza.

Sin embargo, Isaías anuncia que la aflicción no será permanente. Las ultimas palabra de Dios ya no serían de juicio, sino de gracia. El cautiverio daría paso a la restauración, y las tinieblas serían reemplazadas por la luz del Mesías.

Tim Keller señala esto de una forma clara: "El evangelio nos muestra que somos más pecadores de lo que jamás nos atreveríamos a admitir, pero también más amados y aceptados en Cristo de lo que jamás nos atreveríamos a esperar."[3] Esta es precisamente la esperanza de Isaías. La desesperación causada por el pecado es real, pero no es definitiva para quienes reciben al Salvador. En Cristo, la culpa encuentra perdón, la tristeza encuentra consuelo y la desesperanza encuentra una esperanza segura.

III. La causa de la oscuridad y la respuesta de Dios

La oscuridad no surge por casualidad. Su raíz es el pecado y la separación de Dios. Cuando el hombre rechaza al Señor, inevitablemente camina hacia las tinieblas. Pero Dios, en su misericordia, no dejó a la humanidad abandonada a su propia condición. Él prometió enviar a Aquel de quien Isaías hablaría más adelante: "El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz" (Is. 9:2). El evangelio no es simplemente una mejora de la condición humana; es la irrupción de la luz divina en medio de una humanidad perdida.

Tim Keller al hablar de la gracia de Dios dice: Dios nos ve como somos, nos ama como somos y nos acepta como somos. Pero por su gracia, no nos deja como somos.[4] La respuesta al problema de la oscuridad no es más esfuerzo humano, sino la obra redentora de Cristo.

Conclusión: Los patriarcas anhelaron este día. Los profetas lo anunciaron. Pero Simeón y Ana tuvieron el privilegio de contemplar con sus propios ojos el cumplimiento de la promesa. Cuando tomaron al niño Jesús en sus brazos, vieron la luz prometida por Isaías. Con la llegada del Mesías, la oscuridad comenzó a retroceder y la esperanza irrumpió en el mundo. Hoy esa

---

[3] Timothy Keller, El significado del matrimonio: afrontar las complejidades del compromiso con la sabiduría de Dios (Barcelona: Andamio, edición en español), 31.
[4] https://www.azquotes.com/quote/1269241

misma promesa sigue vigente. Cristo continúa iluminando los corazones por medio de su evangelio. Su Palabra disipa la ignorancia, consuela la aflicción y guía al pecador hacia la salvación. Como dijo Simeón: "Porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel" (Lc. 2:30-32). La oscuridad tiene un tiempo. La aflicción tiene un límite. Pero la luz de Cristo permanece para siempre.

Oración

Lectura Bíblica

Himnos

Tema: Dios rompe la esclavitud

Texto bíblico: Isaías 9:4

"Porque tú quebraste su pesado yugo, y la vara de su hombro, y el cetro de su opresor, como en el día de Madián."

Introducción

Dios es poderoso y fiel para cumplir cada una de sus promesas. Isaías anuncia aquí la obra futura del Mesías, quien vendría a liberar a su pueblo de la esclavitud que el pecado había producido. La imagen que utiliza el profeta es la de un animal sometido a un pesado yugo, incapaz de liberarse por sí mismo.

El evangelio nos muestra que el pecado no solo trae culpabilidad delante de Dios, sino también opresión, cansancio y esclavitud. Sin embargo, la promesa es gloriosa: el Señor mismo quebrará el yugo, destruirá la vara y pondrá fin al dominio del opresor.

Como señaló R. C. Sproul: «Él vino del cielo como el regalo del Padre con el propósito expreso de llevar a cabo la redención como nuestro Sustituto, haciendo por nosotros lo que nos era imposible hacer por nosotros mismos».[5]

I. El yugo es pesado

El yugo simboliza la carga de la esclavitud. Israel había experimentado el peso de la opresión, pero esta imagen apunta más profundamente al peso del pecado que descansa sobre toda la humanidad. El ser humano siempre está sometido a algún señor. No existe una verdadera neutralidad espiritual. O llevamos el yugo del pecado o llevamos el yugo de Cristo.

Por eso Jesús dijo: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí... porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mt. 11:29-30).

¿En qué sentido el yugo de Cristo es mejor?

No porque Cristo nos llame a una vida sin obediencia, sino porque es un Rey lleno de gracia y misericordia. El pecado exige constantemente y nunca satisface; Cristo gobierna con

[5] R. C. Sproul, Essential Truths of the Christian Faith (Carol Stream, IL: Tyndale House Publishers, 2011), voz o sección sobre la expiación sustitutiva (The Atonement).

bondad y produce descanso para el alma. Por eso, Tim Keller escribió: "Jesús es el único Rey que, si lo recibes, te satisfará plenamente; y si fallas, te perdonará completamente."[6]

Mientras el pecado esclaviza, Cristo libera. Mientras el pecado agota, Cristo fortalece. Mientras el pecado condena, Cristo justifica.

II. El cetro oprime

El cetro es símbolo de autoridad y gobierno. En manos de gobernantes pecadores, frecuentemente se convierte en un instrumento de opresión. Un ejemplo claro aparece tras la muerte de Salomón. Cuando el pueblo pidió a Roboam que aliviara las pesadas cargas impuestas por su padre, este respondió: "Mi padre agravó vuestro yugo, pero yo añadiré a vuestro yugo; mi padre os castigó con azotes, mas yo os castigaré con escorpiones" (1 Reyes 12:14). La respuesta de Roboam refleja el corazón de los reinos humanos: dominar, exigir y oprimir.

Por el contrario, el cetro de Cristo no aplasta a sus súbditos; los rescata. Su autoridad no destruye, sino que restaura. Su gobierno no esclaviza, sino que conduce a la verdadera libertad.

Sproul al escribir sobre esto dijo: «Cuando Dios convierte a un pecador y lo traslada al estado de gracia, lo libera de su esclavitud natural al pecado y, solamente por su gracia, lo capacita para querer y hacer libremente aquello que es espiritualmente bueno» [7]La autoridad de Cristo es diferente a cualquier otra autoridad porque está marcada por el amor, la justicia y la misericordia.

III. La victoria pertenece al Señor

Isaías compara esta liberación con "el día de Madián", cuando Dios derrotó milagrosamente a los enemigos de Israel por medio de Gedeón (Jueces 7).

La victoria no fue producto de la fuerza humana, sino de la intervención divina. De igual manera, la liberación del pecado no puede obtenerse mediante esfuerzos humanos, rituales religiosos o buenas obras. El Señor es quien rompe el yugo. Él es quien destruye la opresión. Él es quien concede la victoria.

Sobre este aspecto Tim Keller escribió: "El evangelio no es el consejo acerca de lo que debemos hacer para alcanzar a Dios; es la noticia de lo que Dios ha hecho para alcanzarnos."[8] Entonces, la salvación es obra del Señor desde el principio hasta el final.

---

[6] Timothy Keller, The Reason for God: Belief in an Age of Skepticism (New York: Penguin Books, 2008), 172.

[7] https://www.monergism.com/free-will

[8] Timothy Keller, “The Gospel: Key to Change”, en Redeemer City to City / reproducido en Monergism.

Conclusión

El Adviento nos recuerda que el Libertador prometido ya vino. Cristo quebró el yugo del pecado mediante su muerte y resurrección. Él destruyó la vara del opresor y estableció un reino que no tendrá fin.

La libertad que el mundo ofrece es temporal y superficial. La libertad que Cristo concede es profunda y eterna. Él nos libera de la culpa, del dominio del pecado y del temor a la condenación. Por eso celebramos con alegría la venida del Mesías. Ya no vivimos bajo el pesado yugo de la esclavitud, sino bajo el suave yugo del Rey que nos amó y se entregó por nosotros. "Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres" (Juan 8:36).

Oración

Lectura Bíblica

Himnos

Tema: ¿Quién es el Mesías que viene?

Texto bíblico: Isaías 9:6

"Porque un niño nos ha nacido, hijo nos ha sido dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz".

Introducción

El Adviento nos recuerda que la esperanza de Israel no descansaba en un rey humano, en un sistema político ni en un esfuerzo religioso, sino en la llegada del Mesías prometido. Isaías anuncia una verdad sorprendente: el Salvador vendría como un niño, pero sería mucho más que un hombre. Este niño gobernaría eternamente y poseería atributos que solo pertenecen a Dios.

En este pasaje encontramos una respuesta clara a la pregunta: ¿quién es el Mesías que viene?

I. Jesús es un regalo del Padre

Isaías declara: "Hijo nos ha sido dado". La venida de Cristo es presentada como un regalo divino para un mundo necesitado.

En Navidad acostumbramos dar y recibir regalos, pero ningún obsequio puede compararse con el don que Dios nos concedió en su Hijo. Cristo no fue simplemente enviado para enseñarnos cómo vivir; fue dado para salvarnos de nuestros pecados mediante su muerte y resurrección.

La grandeza de este regalo no puede medirse. Por medio de Cristo hemos recibido perdón, adopción, reconciliación con Dios y la esperanza de la vida eterna.

Como bien señaló C. S. Lewis: "El Hijo de Dios se hizo hombre para que los hombres pudieran llegar a ser hijos de Dios."[9] La encarnación es el mayor acto de amor de la historia. El Padre entregó a su amado Hijo para rescatar a pecadores que jamás podrían salvarse por sus propios medios.

[9] C. S. Lewis, Mero cristianismo (Mere Christianity), (New York: Touchstone, 1996), 155.

II. Jesús gobierna

El profeta afirma que "el principado sobre su hombro". Esta expresión señala la autoridad soberana del Mesías.

Desde su nacimiento, Cristo enfrentó oposición. Herodes intentó matarlo. Los líderes religiosos lo rechazaron. Las multitudes lo despreciaron. Finalmente, fue crucificado como un criminal. Sin embargo, nada de esto tomó por sorpresa a Dios. Los profetas habían anunciado que el Mesías sería rechazado antes de entrar en su gloria. Lo que parecía una derrota terminó siendo la victoria más grande de la historia. Jesús resucitó de entre los muertos, venció al pecado y a la muerte, y fue exaltado a la diestra del Padre.

Por eso hoy reina con toda autoridad en el cielo y en la tierra. Referente a esto, Sproul afirmó lo siguiente: "No hay una sola molécula en este universo que esté fuera del control soberano de Dios."[10] El gobierno de Cristo no está sujeto a elecciones, cambios de opinión o límites temporales. Su reino es eterno y su autoridad absoluta.

III. Sus nombres revelan quién es Él

Isaías no solo anuncia la venida del Mesías; también revela su carácter por medio de sus nombres.

Admirable

La palabra hebrea pele' (פֶּלֶא) significa algo extraordinario, maravilloso, asombroso o sobrenatural. En el Antiguo Testamento se usa frecuentemente para describir las obras maravillosas de Dios (Sal. 77:14; Éx. 15:11).

Consejero

Cristo posee sabiduría perfecta. Nunca se equivoca y nunca da un consejo incorrecto. En Él se encuentran todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.

Dios Fuerte

Este título declara claramente su divinidad. Jesús no es simplemente un maestro moral o un profeta excepcional; es Dios hecho carne, poderoso para salvar.

Padre Eterno

[10] R. C. Sproul, Chosen by God (Wheaton, IL: Tyndale House Publishers, 1986), 26.

Cuando Isaías llama al Mesías «Padre eterno», está anunciando que el Niño nacido en Belén sería mucho más que un rey terrenal. Él sería el Salvador que cuidaría de su pueblo para siempre.

Príncipe de Paz

Cristo vino a reconciliarnos con Dios. Mediante su sacrificio en la cruz hizo posible que enemigos de Dios fueran recibidos como hijos.

Como observó C. S. Lewis, «Dios no puede darnos felicidad y paz aparte de Él mismo, porque allí no existen tales cosas». La verdadera paz se encuentra únicamente en una relación reconciliada con Dios.[11]

Todos estos nombres nos muestran que Jesús es exactamente quien afirmó ser: el Mesías prometido, el Dios soberano encarnado. Por lo tanto, podemos confiar plenamente en Él. Jesús es verdaderamente Emanuel, Dios con nosotros.

Conclusión

Durante el Adviento no adoramos a un hombre común ni recordamos simplemente el nacimiento de un personaje histórico. Adoramos al Rey de reyes y Señor de señores, al Hijo eterno de Dios que vino al mundo para salvar a su pueblo.

El niño nacido en Belén es el regalo perfecto del Padre, el Rey que gobierna para siempre y el Salvador cuyos nombres revelan toda su gloria.

Como bien escribió C. S. Lewis:

"O este hombre era y es el Hijo de Dios, o era algo mucho peor. Pero no podemos venir con ninguna tontería paternalista acerca de que fue únicamente un gran maestro humano."[12]

El Mesías que vino es el Mesías que reina. Y el Mesías que reina volverá en gloria para consumar su reino eterno. Por eso, en Adviento, esperamos con gozo, adoramos con gratitud y proclamamos con fe:

¡Cristo ha venido, Cristo reina y Cristo volverá!

[11] C. S. Lewis, Mere Christianity (New York: Macmillan, 1960), citado en C. S. Lewis Quotes About Peace.
[12] C. S. Lewis, Mero cristianismo (Mere Christianity) (New York: Macmillan, 1952; repr., San Francisco: Harper San Francisco, 2001), 52-53

Oración

Lectura Bíblica

Himnos

Tema: Promesa de paz eterna.

Texto: Isaías 9:7

"Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto."

Introducción

Desde la caída de Adán, el pecado no solo introdujo la muerte en el mundo, sino también la enemistad entre los hombres. La historia humana es la historia de conflictos, rivalidades, violencia y guerras. Las naciones han buscado la paz por medio de tratados, leyes y alianzas, pero ninguna solución humana ha podido erradicar la raíz del problema.

En medio de un mundo marcado por la guerra, Isaías anuncia una esperanza extraordinaria: el Mesías establecerá un reino cuya paz no tendrá fin. Esta no es una paz temporal ni frágil, sino una paz eterna garantizada por el mismo Dios.

I. ¿De dónde viene la guerra?

La Escritura enseña que la guerra exterior es el reflejo de una guerra interior.

Santiago responde directamente a esta pregunta:

"¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?" (Santiago 4:1).

Los conflictos entre personas, familias y naciones nacen en un corazón dominado por deseos desordenados. Antes de que exista una guerra en el campo de batalla, existe una guerra en el corazón humano.

El pecado produce orgullo, codicia, envidia, resentimiento y ambición egoísta. Por eso la raíz del problema humano no es política, económica ni cultural, sino espiritual. Juan Calvino comentó respecto a la condición pecaminosa del hombre lo siguiente: "Si Cristo es nuestra paz, todos los que están fuera de Él permanecen en enemistad con Dios."[13]

La guerra fundamental del ser humano es contra Dios. Mientras esa enemistad no sea resuelta, tampoco podrán resolverse plenamente las demás.

---

[13] John Calvin: Commentary on Galatians and Ephesians, 2:14

John Owen describió la profundidad de esta lucha al afirmar: “El pecado es enemistad contra Dios; no permite paz ni descanso.”[14] Por tanto, las guerras entre los hombres son consecuencia de la rebelión del hombre contra Dios.

Muchos buscan la paz cambiando circunstancias externas, pero la verdadera paz comienza cuando Dios transforma el corazón mediante el evangelio.

II. Es posible disfrutar la paz

Ante tanta violencia e incertidumbre, muchos se preguntan: ¿es posible disfrutar de esta paz hoy?

La respuesta bíblica es sí. El Mesías prometido por Isaías ya vino. Mediante su muerte y resurrección reconcilió a los pecadores con Dios. Por eso el apóstol Pablo declaró: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1).

La paz que Cristo otorga no es la ausencia de problemas, sino la reconciliación con Dios.

R. C. Sproul enfatizaba esta verdad: “Cuando Dios justifica al pecador, la guerra ha terminado. La paz con Dios queda establecida para siempre.”[15] Además, Sproul enseñó que quien ha sido justificado posee una paz que jamás puede ser quebrantada. Esta paz descansa en la obra perfecta de Cristo y no en nuestras circunstancias.

Calvino, comentando Efesios 2:14, escribió: “¡Qué hermoso título posee Cristo: la paz entre Dios y los hombres!”[16] Por eso el creyente puede experimentar paz aun en medio de pruebas, enfermedades, incertidumbre económica o persecución.

Jesús mismo prometió: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da” (Juan 14:27). La paz del mundo depende de que todo marche bien; la paz de Cristo permanece incluso cuando todo parece salir mal. La pregunta no es si el mundo puede ofrecer paz, sino si estamos refugiados en Cristo, el Príncipe de Paz.

Conclusión

La promesa que Isaías anunció se cumplió en Jesucristo. Él vino al mundo para reconciliar a los pecadores con Dios y establecer un reino cuya paz jamás tendrá fin. El fundamento de esta certeza no está en el esfuerzo humano, sino en la fidelidad de Dios: “El celo de Jehová

---

[14] John Owen, Indwelling Sin, cap. 4: “Indwelling sin is enmity against God… It allows no peace or rest.”
[15] R. C. Sproul, enseñanza sobre Romanos 5 y la justificación por la fe: “When God justifies the sinner, the war is over. Peace with God is established forever.”
[16] Juan Calvino, Comentario a Efesios, sobre Efesios 2:14: “What a beautiful title is this which Christ possesses, the peace between God and men!

de los ejércitos hará esto" (Isaías 9:7). Lo que Dios prometió, lo cumplió. Cristo vino, venció el pecado, derrotó la muerte y anunció: "Mi paz os dejo, mi paz os doy" (Juan 14:27).

Por eso, el creyente puede vivir con esperanza. Aunque el mundo continúe experimentando conflictos, quienes pertenecen a Cristo ya disfrutan de la paz con Dios hoy y esperan la consumación de esa paz en el reino eterno de nuestro Señor. La paz eterna prometida por Isaías se encuentra únicamente en Jesucristo, quien terminó nuestra guerra con Dios y establecerá para siempre su reino de justicia y paz.